

Comité Central. Oelssner hizo varias preguntas punzantes y destructivas. Llegó a decir que «*Madre Coraje*» tenía «escenas históricas falsas y políticamente peligrosas» (4).

Se aludió a Meyerhold, y esto ya resultó peligroso para Brecht, teniendo en cuenta el trágico final del genial director de teatro (5).

Gracias a Hans Rodenberg la situación no degeneró en drama. La fidelidad de Brecht había sido y seguía siendo ejemplar. «Ciertamente, hay que dejarle tiempo...», llegó a decir.

Existe en estas declaraciones (6) una expresión clave para juzgar posteriormente la conducta de Brecht, respecto al comunismo y viceversa. Dice: «Nuestro juicio definitivo sobre Brecht dependerá del tiempo que necesite para escribir una obra conforme a nuestra época».

La verdad es que esta obra no la escribió nunca. Murió sin doblar su pluma a una exigencia que no creía justa y que repugnaba a su conciencia de intelectual puro.

Repuso sus obras anteriores, pero el plazo concedido y la confianza otorgada, los empleó en dar largas a la rectificación. ¿Cuál es el juicio definitivo del comunismo sobre Brecht y su obra, un Brecht que no se retractó y una obra que no fué rectificadas? Ya lo veremos.

Por el contrario *El Proceso de Lúculo* provocó el conflicto y el escándalo más ruidoso entre él, Brecht, y las autoridades. Pero esta es otra cuestión.

En 1954 Brecht obtiene el Premio Stalin de la Paz. ¿Fué un último intento por parte del partido, que le necesitaba irremisiblemente, por prestigio y por utilizarlo como propaganda, el último intento, repito, de atracción por medio del halago? Puede ser. ¿O esperaban de Brecht un gesto espectacular que les rentase más que los 160.000 rublos del premio? Grande debió ser la decepción y profunda la amargura al

comprobar que ninguno de los deseos se cumplió. Muy por el contrario, Brecht depositó casi la totalidad de su importe en la cuenta corriente que tenía en un banco suizo. La consternación cundió entre los puros y los hipócritas. Quizá les había vencido un cínico.

También en 1954 se produce un hecho favorable para el porvenir de Brecht. El Conjunto Berlínés de Teatro triunfa clamorosamente en el Festival de París.

El interés despertado en la Europa Occidental por el teatro de Brecht, tuvo la eficacia de garantizar su vida y su obra contra cualquier peligro.

Fué, en suma, un éxito importante para partido y autor, que aprovecharon mutuamente para *chantagearse*. Todos pudieron vivir y disfrutar de cierta y relativa tranquilidad.

Brecht, agudísimo, tenía la sartén por el mango. El 2 de Enero de 1956, en el 4.º Congreso de los Escritores Alemanes del Este, se permitió hablar claramente, a veces con amargura, pero también con sorna e ironía: «Los

teatros de la República Democrática Alemana figuran entre el escaso número de los escenarios de Europa en los que no se representan mis obras y esto me parece lamentable».

En tono de salvaguardia, terminó diciendo: «Las gentes miran demasiado a los demás...» (7).

La inteligencia de Brecht fué siempre agilísima.

F.

(1) «*Madre Coraje*» o «*La tia valiente*».

(2) Theaterarbeit.

(3) Fué interpretada durante mucho tiempo, magistralmente, por la esposa de Brecht, Helen Weigel, en el papel de Jenny, y los decorados, sorprendentes, fueron de Gaspar Neher. Giorgio Strehler interpretó el papel de Jeremías Peachum.

(4) Ruelhe; *Das fegesselte Theater* (Colonia y Berlín, 1957).

(5) Meyerhold fué fusilado en Rusia en la época stalinista.

(6) Ibidem.

(7) Brecht: *Ausführungen vor des Sektion Dramatik: Beiträge zur Gegenwarts-literatur* (Berlín-Este, Enero 1956).

SOBORNO DE CONCIENCIA

Recuerdo, hace ya mucho tiempo, estudiando en Madrid, cómo un compañero de curso, lleno de ambición, confesaba, con la tranquilidad con que yo ahora lo escribo, ser capaz de sobornar su conciencia por una cantidad monetaria y un objeto de lujo; y cómo descendía su conformidad según iba dándose cuenta de lo elevada y nula de su petición.

El comienzo —hace ya quince años lo menos, y el valor adquisitivo de la peseta era distinto— fué un millón y un lujoso automóvil último modelo. Poco después, medio millón y un coche corriente... doscientas cincuenta mil pesetas y una buena motocicleta... Creo que al llegar a esta tasación u otra parecida, le gastamos los amigos la broma de que siguiendo esa curva llegaría a marcharse por veinte duros y una bicicleta.

También recuerdo cómo un señor ya mayor, defraudado, vencido e impotente, aseguraba que todo hombre tiene un precio, una cifra por la que su tentación sería tal, que lo arrastraría a hechos, insospechados por él mismo.

En estos quince años que hace que recuerdo tales dichos, no he vuelto a escuchar nada parecido; pero, por desgracia, los he visto convertidos en realidad. Los he visto hechos niños y niñas, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos...

Un jefe de taller tiene que trabajar primero y obligar a sus operarios después; un legislador ha de considerar, en conciencia, ese pensamiento que, por su poder va a convertirse en Ley; para aconsejar, predicar, ordenar, etc., hay que tener muy presente que, en una traslación más o menos rápida, el que manda puede ser mandado, el que predica, predicado o criticado, el que aconseja, asesorado.

El que dé limosna, o aún mejor, al que se la pidan, piense si él hubiera algún día de tener necesidad de pedirla; el que juzgue, que puede ser juzgado por idéntico tribunal y con su misma benignidad o crueldad... El agricultor, el estudiante, el oficinista, el que ejerza cualquier profesión liberal... Todo lo que no encaje dentro de estas normas generales que llamamos moral, caridad, justicia, etc., es pensar —es vivir—, vendiéndose y sobornándose por una bicicleta y veinte duros.

JOSÉ MARÍA GÁLVEZ PRIETO

